

Jacqueline Sellan Bodin

Quizás, en otro lugar...

*D. A. Número de inscripción: 2020-A-1243
Segunda edición, 2020.*

Salir a la calle es ya una aventura en esta desventura que vivo, que vivimos todos los que nos agarramos a la evocación pretérita de una patria perdida. Los otros, los que se fueron, alados en el destierro o en la muerte, no saben de este paso cotidiano del miedo lleno de garras como un puma con fiebre, agarrotando el pensamiento e incluso la idea del pensamiento, en todas las frentes. Para ellos, Chile es la calle donde nacieron, donde corrieron entre las charcas embarrándose las botas, la escuela del barrio, el campanario, los novios en la plaza, el anarquista zapatero de la esquina que discutía de política en la cola del pan. Ellos no saben que hoy los niños no corren por las calles, que el toque de queda ha despoblado la plaza, que el zapatero ha sido fusilado, que hasta el pan se ha hecho escaso y es una guerrilla ir a comprarlo.

Ellos guardan su recuerdo intacto, entre boletos de avión y postales y pasaportes. Para nosotros, los que nos quedamos, la ciudad se ha ido desangrando día con día, perdiendo sus niños - los interiores, que son los verdaderos – perdiendo sus risas como en un despiadado otoño, cambiando el tañer de las campanas por ráfagas de metralla, órdenes gritadas, terror ensangrentado. No hay memoria que pueda sobrevivir a eso.

Salgo a la calle, a esta nueva calle que sólo guarda el esqueleto de la antigua, que ahora destila silencio por sus grises ventanas, con sus ralos paseantes que ya no tienen miradas sino reojos, con el infaltable sapo parado en una esquina, espiándome, espiándote.

Un árbol tozudo insiste en lanzar sus brotes verdes anunciando una primavera escueta; no sé qué árbol es, no conozco su nombre. Una vez leí que los mapuches no poseen la palabra genérica árbol sino que los nombran, este es un hualle, este es un canelo. Nosotros, que venimos de padres

extranjeros, no tenemos esas hondas raíces que trenza la lengua, nos hemos hecho una patria mezclada, una parte con las vivencias de la infancia, otra con recuerdos ajenos. Nuestros abuelos y abuelas contaban sus memorias anidadas en lejanas tierras de ultramar, en el oriente mítico o en la ensangrentada Europa. Tenemos amores y odios heredados que se anudan ahora a los odios y amores personales; por ejemplo, los descendientes de alemanes hoy se sienten obligados al fascismo.

Salgo a la calle. De por sí que es incómodo, que llueve, que hace frío. Agosto termina y quiere asegurarse de arrojar su cargamento completo de invierno. Y si no bastara la tristeza aguada del tiempo, la micro pasa llena y no se detiene. Nos quedamos en el paradero con un gesto a medias de querer dar un paso, como el destino a medias que nos ha tocado. Carreras a medias: filosofía de tocador; Marx no ha existido jamás; solamente Sócrates, Platón, Heráclito, esos antiguos, alejados pensadores que, al parecer, no son tan

contingentes. Pero sabremos encontrarla, esa contingencia, cómo no. La célebre frase de Aristóteles, “El hombre es un animal político”, se vuelve un eslogan.

Por fin llega una micro que se detiene, aunque está pasablemente llena. Nos encaramamos como podemos y partimos, lanzando una oleada de agua barrosa contra las paredes naranjas del paradero.

Un perro café claro mira desconsolado hacia el horizonte. Hasta los perros se han vuelto más tristes. Espera a que la micro arranque y cruza hacia la plazuela. Desde allí nos pega una última mirada, honda, abatida. Luego trota hacia adentro de la población. Ya no encuentro comida ni en el basurero. Me he recorrido toda la pobla de norte a sur y de oriente a poniente y nada. La gente ya no tira las sobras. Hasta los huesitos de pollo los hierven más de una vez para sacarles toda la sustancia y a nosotros los cánidos no nos dejan con qué engañar las tripas. Ni una rata me encuentro hoy, ni una miserable rata, si parece que hasta las

alcantarillas están pobres. Hoy me he comido dos moscas, y eso, porque volaban muy bajo. Si esto sigue así tendré que cambiar de barrio. El problema es que la pobla de al lado la lidera el Tuerto y a ese, hasta los perros más grandes le tienen miedo. Una señora abre la puerta de su casa. Me mira con cara rara. Me hace una seña. ¿Será para algo bueno? La mala suerte lo vuelve a uno desconfiado. Me acerco arrastrando un poco la cola, amistoso pero no mucho, listo para soltar el mordisco si hace falta, después andan diciendo que uno es un perro ladino, pero es que así me hizo la vida -Ven acá – pobre animal, tiene cara de no haber desayunado - ven acá- la mujer le tira una hallulla y espera que la muerda antes de volver a entrar y cerrar la puerta. No voy a hacerme ni más rica ni más pobre por darle un pedazo de pan. Ellos qué culpa tienen de las malas obras de los humanos.

Un gato lustroso y atigrado salta sobre su falda apenas ella se sienta frente a la tele. Ñau, estate quieto. Déjame ver la telenovela. Ñau se enrolla en

círculo sobre las rodillas de su ama y cierra los ojos dispuesto a no dejarse engrupir por las imágenes mentirosas de la cajita esa. En la pantalla, unas criadas venezolanas lloran a gritos por la mala suerte de la heroína, la señorita, que es tan buena que tiene a bien no despreciarlas demasiado. La mujer también llora aunque de modo más austero, suelta un par de lagrimones que en parte son por la historia esa, y en parte también por el Toño que anda tan raro, como distante, los hombres no hay quien los entienda, una les hace el gusto y es como abrirles la puerta para que salgan a corretear a otra. En cambio si yo fuera mala lo tendría acá comiendo de mi mano. Pero ya es tarde para eso, ya me tomó la medida. Igual que en la novela de la tele, pero sin final feliz. Echa una mirada por la ventana durante la propaganda, el perro ya se ha marchado, la propaganda tiene eso de bueno, que te da un descanso, un respiro, porque si todo fuera drama...